

Palabras en la apertura del coloquio en la Universidad Jaguelónica sobre “Las sombras de las figuras literarias en el mapa europeo”

(28-4-2022)

Sr. Rector, Sr. Decano, Sr. Director del Instituto Cervantes de Cracovia, señoras y señores profesores, queridos Fernando y Marian, Andrés y Miriam, szanowni Panstwo:

Les agradezco por el privilegio de participar en este acto académico en la Universidad Jaguelónica, escuela de saberes de fama bien ganada. La Universidad Jaguelónica viene a ser la Salamanca polaca, faros ambos que irradian luz desde la Baja Edad Media a nuestros días. Recuerdo como un hito destacado la firma en 2018 del convenio de colaboración entre esta universidad y el Instituto Cervantes de Cracovia de la que me cupo el honor de ser testigo.

Llegamos hoy a esta aula como los comerciantes que se saben portadores de los mejores paños. Savater y Trapiello son oro en paño. Han venido a Polonia a aprender y a disfrutar de la compañía de insignes representantes de la intelectualidad polaca, rica en sabiduría y en dignidad cívica. Tiene parte en ello y es de justicia reconocer su decidido impulso- Maria Filipovicz-Rudek, directora del Instituto de Filología Hispánica.

Señoras y señores,

Hace quince días conmemorábamos el aniversario de las matanzas de los bosques de Katyn, donde cerca de 22.000 polacos fueron sacrificados con saña y sangre fría por los

matarifes profesionales del NKVD. Creíamos definitivamente superados aquellos tiempos de inhumanidad, mentira y crimen, aunque la sistemática eliminación selectiva de sus opositores por un Putin prepotente y sin escrúpulos y su obstinación desafiante no hacían presagiar nada bueno.

La agresión rusa a Ucrania nos retrotrae a 1939 y 1940. Putin ha escalado raudo y veloz todos los peldaños de la escalera de Nuremberg. Está perdido, aunque no sabemos el precio que aún nos hará pagar en dolor y destrucción. Los ucranianos lo están pagando muy alto y merecen todo nuestro apoyo. Los tiros en la nuca, las violaciones, las deportaciones y el hambre como arma de guerra han vuelto a unos paisajes que guardan por décadas un silencio sobrecogido.

Polonia sabe mucho de todo eso por haberlo vivido en carne propia. Polonia fue el epicentro de la segunda guerra mundial. Hubo de soportar una doble invasión y una doble ocupación. Al martirio de la guerra le siguió el cautiverio comunista que entristeció las vidas de varias generaciones. Ese pasado, tan reciente y tan trágico, despojó a los polacos de la “edad de la inocencia” y les hace resistentes a algunos cantos de las sirenas de poniente.

Los padecimientos que les fueron infligidos y su reacción ante los mismos les han granjeado un respeto universal, justo y necesario. En cierto modo, una actitud apropiada para venir a Polonia es la que en “Alte Meister” advierte Thomas Bernhard en los oriundos de la región rural del Burgundland cuando se acercan a Viena: “Sie kommen wie in die Kirche”. “Vienen como a misa”: ellos, los Burgundländer, deslumbrados por la majestuosidad de la capital imperial y real “K. u. K.”; nosotros,

los que entramos en las arenas polacas, afligidos y contritos por la crueldad gratuita y obscena que se enseñoreó de esta tierra maltratada.

Por esa su dura experiencia no es extraño que Polonia se haya convertido en el primer valedor político, militar, humanitario y afectivo de la Ucrania agredida. Aunque, bien mirado, estamos ante un hecho admirable y extraordinario, pues los polacos han asumido una posición de liderazgo y cercanía incompatibles con la tentación del rencor que podría manar como bermellón y piedra azufre del recuerdo lacerante de las masacres de la Volinia.

En unos versos de 1946, Wyslawa Szymborska, la excelsa poeta cracoviana cuya voz resuena imperecedera por estas calles empedradas y entre las ramas de los árboles del Planty, expresaba con clarividencia la paradoja por la pérdida de su “mundo de ayer”, el del periodo de entreguerras:

“ANTES nos sabíamos el mundo al AZAR:

Era tan PEQUEÑO que cabía en un APRETÓN de manos,

Tan FÁCIL que se podía describir con una SONRISA,

Tan COMÚN como en una PLEGARIA el eco de las viejas VERDADES.

La HISTORIA nos saludaba con FANFARRIAS victoriosas:

En nuestros OJOS entraba ARENA sucia.

Teníamos por delante CAMINOS LEJANOS y CIEGOS,

POZOS contaminados, PAN amargo.

Nuestro BOTÍN de guerra es el CONOCIMIENTO del MUNDO:

Es tan GRANDE que cabe en un APRETÓN de manos,
Tan DIFÍCIL que se puede describir con una SONRISA,
Tan EXTRAÑO como en una PLEGARIA el eco de las viejas
VERDADES.”

El mundo permanece en esencia inmutable. Hace ya un tiempo que dejó de ser eurocéntrico, pero lo que acontece en Europa importa mucho y pesa mucho.

Queridos amigos:

Nuestros invitados de hoy forman parte de la mejor veta intelectual y moral de Europa. Fernando Savater es partícipe del premio Sajarov del Parlamento Europeo. Lo recogió en el año 2000 como cabeza visible del movimiento “Basta Ya” contra el terrorismo y el nacionalismo obligatorio. Este joven de tres cuartos de litro disfruta con tebeos y películas de monstruos, se emociona con Moby Dyck, tiembla ante la perspectiva de un día en las carreras, conoce y comprende mejor que nadie a Cioran y a Voltaire y a tantos y tantos otros pensadores. Savater tiene un sentido estético, lúdico, ético y cívico de la vida. Ha estado amenazado de muerte por la banda terrorista ETA, una máquina de matar que combina el odio con un encefalograma plano. Savater detestaba no sólo sus métodos criminales, sino que detesta y combate los motivos groseros y los fines temibles que sus partidarios siguen persiguiendo con el sustento del presupuesto.

Savater es de la estirpe de quienes aquí, en Polonia, lucharon en los guetos y bajo las alcantarillas, de los que resistieron frente al comunismo, de los que saben que la vida es “agonía” en el sentido etimológico del término, una lucha de la que los

“buenos” no se pueden desentender, máxime cuando, según dicen, Dios ayuda a los buenos cuando son más que los malos.

Andrés Trapiello, queridos amigos, es amigo de Savater. Quizás con esto ya esté dicho mucho. También es buen amigo de Juan Manuel Bonet, otro grande de la cultura española y profundo conocedor de Polonia, de su cultura y de su arte. Pero el señor Trapiello no está aquí por recomendación de nadie. Lo está, porque así lo ha querido y ese deseo suyo nos hace muy felices, porque Andrés Trapiello es uno de los principales espadas de la literatura y el ensayo en España. Practica igualmente el “torerismo” de la columna (Umbral) y por un artículo suyo de diciembre le comunicaron ayer la concesión del prestigioso “Mariano de Cavia” del ABC. Trapiello conoce en profundidad las vidas y las obras de la tribu literaria española y cultiva una relación de intimidad con Cervantes que se asemeja, salvando las distancias, a la de los grandes místicos con la Persona del Amado.

Quién sabe si nuestro autor se adentró por las sendas cervantinas espoleado por el escozor de los azotes que el infame Juan Haldudo, el rico, administró con sádica fruición a su tocayo Andrés, Andresillo, al que desolló como a un San Bartolomé burlando la encomienda que le hizo Don Quijote en su estreno como reparador de entuertos. Pica más la burla que el azote.

A Savater y Trapiello les acompañan Karen y Miriam, cuya presencia realza esta visita a Polonia. Han venido a hablar de ficción y realidad, de arquetipos, de héroes y de antihéroes en esta Europa de la que España y Polonia son historia mayúscula. En su conversación les va a guiar Nina Pluta, a quien agradezco su inmejorable disposición.

Lo van a hacer aquí, en Cracovia, capital de la Pequeña Polonia, de la Galicia centroeuropea en la que subsisten fragancias de otros tiempos que se evaporaron. Cracovia vive hoy pendiente de la hermana Leópolis/Lwów y de Ucrania entera, que es víctima de una nueva y devastadora mutilación. En este mediodía de primavera se me antoja que vienen al caso unos versos melancólicos de Adam Zagajewski, otro gran poeta cracoviano y leopolitano, valga el gentilicio, amigo de las fresas silvestres y del vino rosado y de quien guardamos afectuosa memoria:

“Has visto a refugiados rumbo a ninguna parte, has oído a verdugos que cantaban con gozo. Deberías celebrar el mundo mutilado.”

Celebramos este encuentro de hoy, sí, en un mundo mutilado con la esperanza puesta en la victoria de la justa causa que queremos hacer nuestra, sobre la fuerza bruta que querríamos ver por siempre desterrada.